

PINTORES MURCIANOS SILENCIADOS

Aspectos costumbristas de su obra

Fulgencio Saura Mira

"El fin del arte es presentar a la vista, no lo accidental, sino lo esencial, es decir, lo característico de cada asunto" (Federico Balart. "El prosaísmo en el Arte").¹

Puede que estén o no en la penumbra una serie de pintores murcianos que en los años cincuenta y sesenta del pasado siglo tuvieron su interés, dejaron su impronta en el panorama cultural murciano y sin embargo con el paso del tiempo se han silenciado, como suele suceder la mayoría de las veces, al no existir ningún protector que de testimonio de sus obras.

Queda latente en la historia de la pintura como en la literatura, en cuyo ámbito tan solo se distinguen a aquellos que han trabajado en otras tierras y de esta forma se les ha reconocido en su patria chica. A veces son protegidos por el sistema político de turno que, lejos de ser objetivo, selecciona a sus artistas abandonando a otros que el tiempo los reconocerá.

Esto ya me lo indicó en alguna ocasión mi gran amigo y académico de Número de la Academia Alfonso X murciana, Antonio Crespo Pérez, como lo delata a su vez en unos trabajos que publica en Murgetana bajo el título de "Escritores en la penumbra" un poco antes de fallecer, donde da una relación de escritores murcianos de gran desenvoltura y talento que, sin embargo, sus nombres no obran en el registro oficial de los insignes artistas merecedores de cualquier lisonja.

Eso sí, se alardea de los grandes pintores o escritores que triunfan fuera de nuestra Región, lo que es justo desde luego, pues su obra es universal y no es necesario citarlos, incluso a aquellos se les venera como a maestros, lo que nos parece también justo y necesario, pero sin desdorar la obra de otros artistas que han laborado por su tierra, por Murcia.

Son pintores y escritores con talento y con un don especial para estos menesteres, que han dedicado sus esfuerzos con la ilusión de dar testimonio de su generosidad y pasión por la urbe del Segura, que han



Tertulia de artistas en una emisora murciana. De izquierda a derecha: Ignacio López, Encarnita Molina, Cayetano Molina, Medina Bardón, Elías Ros, Alfredo Marcili, Muñoz Barberán, Saura Pacheco y Rvdo. Don Damián.

puesto de manifiesto su tesón por formar parte de la cultura murciana, y sin embargo permanecen apartados y/o silenciados.

Naturalmente esto lo aducimos con el mejor talante y sin ánimo de menoscabar nombres, personas o entidades patrocinadoras que dedican su esfuerzo en promocionar a sus artistas, lo que por otro lado es algo justificado. Ya que tan solo preside en este estudio dejar constancia de unos hombres sencillos y entrañables, que vivieron, tuvieron una familia, lucharon y pintaron, su obra está en el anonimato aunque yo la he seguido con la mejor voluntad de ser testigo de quienes me han precedido, o siguen todavía empeñados en su trabajo de artistas.

Tan solo vamos a traer a colación los nombres de pintores que, sin haber estado protegidos, han aportado sus esfuerzos en bien de la ciudad. Son artistas de gran calado que trabajaron en el silencio dejando una obra interesante que, bajo mi punto de vista, no ha sido reconocida.

Dar constancia de sus nombres y de sus templos, como inventariar sus obras sería una labor ardua, desde luego necesaria pero que no voy a desarrollar en este momento, sino dar constancia y no exhaustivamente de aquellos que forman parte de mi generación y los de más edad que per-

manecen ahora en la sombra. Personas de gran sensibilidad, hombres de dinamita en la expresión de Miguel Hernández, capaces de dar constancia de su entrega a su vocación artística y que sin embargo carecen de reconocimiento oficial.

Son los pintores silenciados y sin embargo significativos de una generación inolvidable cuyos nombres secundaron tertulias, trabajaron en pro de la ciudad del Segura y dejaron sus vidas en la ciudad donde nacieron, una ciudad que como su matrona acoge al forastero con más interés que a sus propios hijos, lo que es algo que forma parte del patrimonio de la cultura murciana.

Sería un impropio por mi parte si quisiera ser adalid en este cometido o entablar un debate sobre el particular, lo que no encaja en mis propósitos, que no son otros que recordar a estos hombres llenos de sabiduría, luchadores e inquietos por dar dejar una obra sobre la ciudad y su paisaje. Tan solo queremos poner sobre la mesa unos nombres de pintores a los que he conocido, integrantes de una generación integrada en los años sesenta, incluyendo a personajes de más edad que no han sido tratados por plumas eruditas, especializadas en determinados pintores a los que citaremos, aunque nuestro interés va dirigido a los de nuestra generación aludida.

Sus nombres nos obliga a emplazarlos en una lista personalizada, que siguen diversas escuelas de grandes artistas murcianos, como Picazo, Atienzar, Almela Costa, Pedro Flores, R. Gaya, que sirven de paradigma a los más jóvenes, entre los que cabe mencionar a Aurelio, Ignacio López o Ceferino, que hace que insinuemos un modernismo preciso en sus obras, algunas desconocidas. Sin ir más allá podemos aludir a los siguientes artistas: Castillo Aliaga, Hidalgo de Cisneros, Enrique Larrosa (México) y Laorden, entre otros, que conforman un tiempo aludido, ello sin orillar a los pintores de más edad que como Medina Bardón, Saura Pacheco, Rosique, Gaya, Miguel Valverde, Amador Puche o Ángel Martínez de Alcantarilla, quedan marginados en este sentido.

Con esto tenemos un material muy interesante que nos da argumentos para secun-

dar un esfuerzo por traer a colación a unos artistas que dejaron su personalidad, con una obra dispersa digna de atención.

Es cierto que estos artistas se encuentran influenciados por la envidia de los pintores de la primera vanguardia de la que habla Martín Páez Burruezo, comprensiva de artistas tan preclaros como Seiquer, Sobejano, Meseguer, Atienzar, Joaquín y otros que se relacionan con los escritores en torno a la revista "Prosa y verso", de tanta importancia en ese momento y que comprenden los años de 1918-1936, un periodo rico a la vez pero sometido a las presiones que llevará a la guerra civil.

Esto aparte, nuestra intención no es más que dar constancia de unos personajes que más o menos de mi generación nos dimos cita en un ámbito urbano sintiendo la inquietud que demandaba un grupo de artistas, a veces alejados de los cauces de la política, provistos de una profesión pero que entregaban sus horas libres a la pintura. En ocasiones se les tildaba de pintores domingueros porque utilizaban los días festivos para desarrollar su vocación, como en el caso de Saura Pacheco, mi padre, sastre de oficio, al que le ayudaba a llevar sus bártulos en las mañanas festivas desde la calle Alfaro, donde vivía, a sus rinconadas del río Segura, cerca de los Molinos, donde ponía el caballete para pintar.

Lo recuerdo como algo trascendente que hizo que me habituara a estas salidas y a su vez me interesé por la técnica de la acuarela y óleo, siendo muy niño cuando comencé a saborear las mieles y también hieles del arte, a veces compartidas por pintores de mi edad como Párraga, compañero del alma, que si se dedicaba a la enseñanza, sin embargo en una etapa de madurez se entrega por completo al arte.

En esta relación de artistas no se puede obviar la presencia de nuestros mayores, pintores aludidos que convivían con nosotros. Eran los maestros en los que apoyarse, plasmaban en su obra, con una especial garra y personalidad, el paisaje costumbrista de la ciudad, como el contorno de una huerta todavía esplendorosa.

Almela Costa, al que recuerdo con agrado, se le veía por las esquinas del Malecón o La Arboleja, con su caballete y

das en el Casino y el otorgamiento de premios de "Educación y Descanso", con la participación de los más jóvenes pintores, consiguiéndose galardones que se incrementaron con becas que dicha institución concedía a los más aventajados para cursar estudio en Madrid durante los años de la llamada oprobiosa.²

En honor a la verdad, las exposiciones que se realizaban en el Casino eran interesantes, pues como decía Antonio de Hoyos, insigne crítico de arte, en ellas se podía otear lo más enjundioso del arte juvenil. Otorgaban premios consecutivos y daban becas para estudiar en Madrid, como en el caso de quien escribe y de Párraga en el año 1958.

De las décadas de los años cincuenta al setenta, del pasado siglo, es la generación a la que aludo y que está por investigar. Se confirma por la presencia de unos pintores que emergen de una realidad anodina y trabajan por conseguir un nivel importante en el arte murciano. Falta una biografía de ellos, algunas de sus obras se recogen en organismos públicos o en casas particulares, que lo único que hace es desorientar un tanto.

Estos artistas apenas salieron de su ciudad, ni tuvieron becas de las Instituciones, ni siquiera premios importantes, aunque es cierto que alguno de ellos lo consiguen gracias a su esfuerzo.

Si durante los años de oro de la pintura murciana tuvieron importancia las tertulias que se hacían en casas determinadas, como las celebradas en la calle Riquelme, en la tesitura que nos relata José Ballester; creo que a otro nivel, aunque interesante, fue la que se celebraba en mi casa de la calle Alfaro, en un el primer piso donde mi padre tenía el obrador de trabajo, junto a su estudio. Tales coloquios fueron base para el reconocimiento de los maestros y dejaron honda huella en nuestro círculo cultural.

A una hora de la tarde se daban cita pintores, de tanta fama como Muñoz Barberán, Laorden, Medina Bardón, Fuentes y algunas veces Carpe, que se unía a las mismas dejando patente su necesidad de incorporar a su arte nuevas formas, apartándose de lo meramente costumbrista que predominaba en la pintura.

La presencia en dicha tertulia, de los pintores F. Fuentes y Laorden, experto en el dibujo y aguadas, era continua y con ellos aprendí a saber de la acuarela y de la pintura del natural, pues en ese momento apenas tenía diez años.

El pintor Falgas, acudía de vez en cuando a nuestra casa, aunque ya comenzaba a apartarse de la ciudad y tener enlaces con Madrid. Importante era la figura de don Antonio Nicolás, hermano de Victorio Nicolás, costumbrista de la huerta, el más veterano que en ese momento se dedicaba a la fotografía, cuyo local estaba en la calle de Platería cerca de la casa de mis padres.

La conversación de estos eruditos se hacía elocuente cuando el escritor José Ballester, director de la Verdad, tomaba la palabra para dar sugerencias sobre los últimos ismos pictóricos, encajando los nombres de Gaya, que se mantenía fuera de la ciudad y Garay que entonces moraba en el barrio de Santa Eulalia, mostrando el nivel del arte murciano y su impacto en Madrid.

Pos supuesto estaba atento a la obra literaria de este gran vate de la literatura, que en ese tiempo publicaba unos trabajos en La Verdad sobre crónicas murcianas con ilustraciones de Barberán, que me entusiasaban.

D. Antonio Nicolás era el más experimentado y llevaba siempre consigo un libro sobre Sorolla, del que hablaba constantemente, resaltando sus retratos y la luz de sus lienzos. El mismo era un gran retratista como buen discípulo de Manuel Benedito.

Queda en mi mente la silueta de aquellos personajes tan preclaros, tan sencillos y grandes a la vez como Valbuena Prat, Ballester, Antonio de Hoyos o don Jorge Aragoneses, ya en un tiempo posterior, que impregnaban el ambiente cultural murciano con el aliento de su saber indecible y apasionante. Y no era insensato verlos por las tardes reunidos en el Café Santos relatando sus impresiones con el artista Pedro Flores que, desde París se desplazaba a Murcia para recibir la voz de sus ancestros.

El ambiente murciano de aquellos años

se debatía entre mantener la tradición en las artes plásticas o tomar contacto con lo que se iba confirmando por el llamado Grupo del Paso que imponía su cuño en la capital de España, pese a los inconvenientes que la singladura franquista ejercía en el hacer del artista, pues pese a todo, en ese momento difícil, surgen estéticas nuevas que dejan en España un mensaje de progreso.

Un tiempo difícil desde luego y que ahora, con una perspectiva adecuada se puede comprender, como insistir en el amaneramiento de unos artistas replegados a sus buenas entendederas, como se ha dicho por algunos críticos, aunque, desde luego, no dejaban de proclamar sus propios sentimientos.

Desde ese tramado se iba conociendo la obra de pintores desconocidos, como Gaya que triunfaba fuera de Murcia, con su personalidad inigualable en sus tonos suaves y sugerentes, al igual que Garay dejaba su impronta solanesca en su personalidad de bohemio, tan singular como su cuerpo qui-jotesco, con alma mística que oteaba el horizonte desde la montaña cercana a los aldeaños del eremitorio de nuestra patrona, para sentir el flujo de los colores desparrramados en gasas por la vega, que entonces estaba plena de verde huertano.

Garay es uno de esos personajes que dejan en la memoria un asidero de brotes proustianos, pues además de pintor escribía con una gracia y rigor inigualable reflejando el ambiente de la ciudad. También el escultor Garrigós centraba su trabajo en el edificio cercano a la calle de San Antonio de Murcia, donde nos reuníamos un grupo de universitarios para dibujar desnudos directamente, mientras experimentábamos distintas sensaciones relacionadas con el arte.

Formábamos, en esos años que superan los cincuenta del siglo pasado, un grupo de personas interesados por la cultura, la mayoría procedíamos de la Universidad que en ese instante era cita de la cultura, cosa que amparaba el eminente y erudito Rector de la misma, el Sr. Batlle Vázquez, catedrático de Derecho Civil que explicaba como nadie. Desde este centro surgen numerosos artistas, no solo del pincel sino también de la poesía.

Al margen de la Universidad aparecen otros pintores que desde sus profesiones, se interesan por la pintura y la acuarela y que son en la actualidad olvidados, acaso porque nunca han tenido la protección de las Instituciones, pero que en mi entender forman parte esencial del arte murciano de los años cincuenta. Son los herederos de Picasso, Atienzar, Victorio Nicolás o Joaquín. Deben pertenecer al Parnaso murciano que solo distingue a sus preferidos, abandonando a quienes nacidos en esta tierra del Segura, han dedicado su tiempo en dejar constancia de su paisaje, su color y su encanto.

Los conocí porque me uní a ellos en la gesta de buscar un espacio en la cultura murciana de ese momento en el que don Antonio de Hoyos, eminente escritor y especialista en el Siglo de Oro de nuestra literatura, comenzaba a poner de manifiesto los valores pictóricos murcianos, con la preferencia de los más avanzados como Carpe.³

Por otro lado, los artistas a los que me refiero son tratados por Antonio Oliver en su obra dedicada a la generación de los artistas murcianos desde 1900 a 1950, dejando un variado esquema del panorama artístico.⁴

Siguiendo en este criterio hay que hacer constar la meritoria labor de Martín Páez, director del Centro de Arte Palacio Almudí, por sacar a relucir pintores olvidados, lo que es de agradecer y bueno sería que se incrementara con los que venimos postulando.

Que algunos de los pintores que indico, estén o no en el Diccionario de la pintura murciana, no es óbice para que se respeten sus nombres, pues siempre, en todo estudio se orillan aquellos artistas que carecen del renombre habitual sin profundizar en la calidad de su obra, lo que sucede tanto en la literatura como en la pintura, y para ello basta con ver los libros que sobre el particular se han publicado en nuestra Región, y de cuyos autores no quiero acordarme, pues el tiempo decidirá sobre la valía de los artistas olvidados en uno y otro aspecto.

Nosotros, con la mejor intención, vamos a desgranar una serie de nombres

de pintores que han de formar parte de esa pléyade de artistas que conforma un tiempo singular en Murcia, del cincuenta a los ochenta del pasado siglo, sin desdorar el trabajo que nuestro amigo escritor, Martínez Cerezo, viene haciendo en su Diccionario de Artistas.

No quisiéramos, por el buen tono y la justicia a la que nos sentimos unidos, dejar pasar los nombres de los más avanzados en edad que sirvieron de paradigma a los pintores más jóvenes, como Almela Costa, Muñoz Barberán, Saura Pacheco, García Trejo y Bonafé, o Gómez Cano, modelos de un buen hacer en el arte pictórico que a su vez crean escuela.

Que esto es así lo adveramos los que hemos sido testigos de ese renacer, que partiendo de la Universidad se va extendiendo en el ámbito cultural que forma parte de un periodo al que no se le ha prestado atención o muy poca, lo que es injusto, aunque caben sus excepciones.

Nadie a estas alturas desconoce la envidia de artistas de tanta raigambre y murcianía como los ya indicados aunque podemos señalar que a García Trejo no se le ha valorado, como tampoco a Saura Pacheco o Medina Bardón, y otros del calibre de Miguel Valverde, Amador Puche o Ángel Martínez. El hecho de no haberse dedicado en exclusiva a la pintura estos artistas o carecer de prestigio en otros ámbitos nacionales ha sido causa de ello, sin orillar la envidia y otras altanerías que forman parte del ser humano y que ha sido de tal guisa a lo largo de la historia.

Los pintores mencionados son émulos de los maestros e incluso todos hemos recibido influencia de los mismos. En este sentido la figura de Almela Costa se hace fundamental por su aporte al lenguaje cercano de la huerta que tanto amaba. Su pintura es directa, busca el paisaje más entrañable de su entorno en pos del costumbrismo huertano. Gran dibujante, sabía delimitar la perspectiva y deslizar la pincelada de una forma ajustada. Lo que nos atrae es la luz que abunda en este clima de variada expresión a tenor con la geografía levantina. Compone en dimensiones amplias o se funde en sus apuntes deliciosos que nos evocan a Sorolla. Pinta la ciudad y el otro

tema huertano con su raigambre precisa. Se ocupa del paisaje y de la figura, pero sobre todo va al natural, se une a los pintores que como mi padre Saura Pacheco, García Trejo, Barberán y Bonafé,⁵ se sitúan en los carriles más apartados de la huerta y pintan el paisaje. A veces se les dominaba sumidos en su delectación.

Era frecuente observar a Almela por los alrededores del Malecón, en los huertos vecinales, o en las sendas de La Arboleja buscando el calor de la intimidad, contagiándose de la pared de la vieja barraca y la luz de la mañana dando sobre en una azotea de la casa cercana.

Ante todo estos pintores salen con sus bártulos a la calle, se paran ante un recodo del río, como Saura Pacheco al que acompañaba desde la calle Alfaro a los Molinos del río donde se ponía a pintar, en un recodo, los reflejos de los muros sobre el agua, o se introducía por la huerta del Malecón y zonas del viejo barrio de San Antolín para, de un tirón, como decía, “esbozar” un lienzo en grandes pinceladas que después contemplaba reiteradamente en su estudio.

Medina Bardón lo hacía solventando sus trazos de una forma admirable. Sus paisajes favoritos eran las marinas del Mar Menor con su costa azul y barcas blancas de los pescadores. Sus tonos fauvistas ponderaban el cuadro de una personalidad digna de tenerse en cuenta.

García Trejo pertenece a los artistas que pintan del natural imitando a los pintores de la escuela de Barbizón. Versado en la técnica de la acuarela que implanta en la ciudad, maestro en esta especialidad, aporta logros muy estimables en sus borrias que insinúan lejanías entre un cielo de gasas. Trabaja desde su estudio alberqueño, como lo hace Bonafé, y utiliza temas del paisaje de monte.

En realidad falta por pergeñar una biografía de este acuarelista que tanto significa para un grupo de artistas de ese momento, y sobre todo nos dio clase a muchos sobre la utilización de las tintas sobre el papel. De mi padre Saura Pacheco hay una biografía que escribí cuando recibí el Premio Nacional por su obra “Otoño”, en los años ochenta del siglo pasado.⁶

Junto a estos pintores de los que tanto aprendimos se encontraba Rosique, Valverde, Fuentes y Laorden que ejercían el arte como modo de vida, sobre todo Rosique y Valverde, por supuesto Muñoz Barberán que trabaja con intensidad su obra realizada en murales y que adornan casi todas las iglesias murcianas y ruínas. Un pintor lorquino aferrado a nuestra ciudad y experimentado en sus paisajes urbanos.

A la mayoría de estos artistas los conocí en la tertulia que se realizaba en nuestra casa indicada anteriormente, que era la cita permanente de pintores, también de escritores como José Ballester, crítico de arte, que nos alentaba a continuar por el camino de la pintura. don Antonio Nicolás, que ya estaba mayor, acudía por allí para ver la obra de mi padre al que apreciaba mucho, por supuesto gustaba de mis apuntes del natural, aunque señalaba que había de estudiar más la naturaleza, cosa que le agradeceré siempre y es que en ese instante me interesaban las manchas impresionistas. Bonafé, por ese tiempo, se acercaba a las tertulias y conversábamos sobre el último bodegón que había pintado con el tema de una plancha en tonos rápidos y sobre cartón. A don Antonio de Hoyos le gustaba un retrato que le hice al poeta José María Farias desde mi buhardilla de la calle Alfaro.

Entre los más jóvenes nos encontrábamos un grupo de pintores formados en la Universidad, pues particularmente estudiábamos Derecho, pero con vocación por la pintura y otros, la mayoría, dedicados a una profesión distinta, pero inquietos por el arte como Lorente, Enrique Larrosa (México), Castillo Aliaga. Hidalgo de Cisneros que estábamos pendientes de lo que se hacía, sobre todo con la influencia del pintor Muñoz Barberán que concitaba todos los estilos y trabajaba ardentemente como muralista, sobre todo pintaba la ciudad, sus iglesias y paisajes como nadie, además que escribía sobre temas quijotescos, en especial sobre el Quijote apócrifo de Avellaneda.

García Trejo de profesión marchante, habitaba en La Alberca por aquellos años y en su vivienda trabajaba en la acuarela, se le veía tomando notas en el monte, por el entorno de Santa Catalina, en la Cresta



Presentación de "Vivencias de Murcia" (1972) por Clemente García, en el Ayuntamiento de Murcia.

del Gallo, por el eremitorio de La Luz habitado por monjes que confeccionaban el chocolate como nadie.

Sus dibujos de pinadas y oliveras con sus troncos reseco y torciéndose, formaban parte del contenido de sus mejores acuarelas a las que transmitía un esfumado admirable.

García Trejo como Bonafé, era un enamorado de esta pedanía entrañable cuyos senderos conocía perfectamente, se perdía por el de Salabosque con sus banales barrocos, sus casas y morerales que hacían sus delicias en los días primaverales, como buscaba los grises para sus acuarelas, cuando los charcos de agua reflejaban los chopos solitarios que se elevaban junto al carril que se hundía por el bosque huertano.

García Trejo desde La Alberca se acerca al monte para dibujar a lápiz en cartones y dar después una aguada a sus árboles. Mi padre se mueve en ese tiempo por las cercanías de la pedanía que es mirada por todos los artistas de la ciudad, cantera de pintores no reconocidos algunos en su justo espacio, como México, Castillo Aliaga, Lorente, etc. García Trejo conocido por sus excelentes acuarelas, muchas de ellas se conservan en casas particulares y en la de su familia, es sin duda un excelente técnico en este menester.

Cabe aquí dar cuenta que era La Alberca, en ese periodo comentado, cita de grandes pintores en busca de su paisaje, sin duda alguna fuente de inspiración para su trabajo. Lo hacían de esta guisa pintores de la calidad de Bonafé, Trejo y de pintores de mi generación. Garay la conoce a la perfección pues el monte le invita a su

contemplación inspirándose en la documentación etnográfica que se advierte en su ámbito, en la romería de la Patrona murciana y otros aspectos costumbristas en torno a los frailes del eremitorio de La Luz y Santa Catalina. En su espacio quedan las cuevas y grutas místicas, en una de ellas vivió la arrepentida cómica, la Baltasara, donde existía una fuente que diera lugar a nuestro más querido Santuario.

Por este paisaje acuden los mejores artistas del momento desde Pedro Flores, Gaya, Almela Costa, Medina Bardón, Muñoz Barberán, Saura Pacheco con el que acudía a pintar en torno a la ermita de San Antonio buscando los días festivos en que la gente se asomaba a su espacio para rezarle al santo, ejerciendo sus penitencias.

En la pedanía habitan a su vez los más jóvenes, Castillo Aliaga, Enrique Larrosa (México), y un cúmulo de artistas que siguiendo a los maestros se sienten identificados con el paisaje, por otro lado muy entonado a la luz levantina.

Lo que significa que entre los pintores se intuye el nuevo sentido del paisaje que es el fragmento sobre el que se va a imprimir el sentido de lo plástico, a veces incardinado a las figuras que habitan la tierra, le procuran vida propia al sentirse identificadas en sus faenas diarias, sin orillar el sentido del mismo desde una configuración etnográfica que en ese tiempo mostraba su rostro con las tesis de S. Tylor, Kay y otros observadores de las actitudes del hombre en el paisaje.

Existe una variedad de paisajes a los que alude Antonio de Hoyos en sus investigaciones por las tierras de la región murciana⁷. Los hay fundidos de terrajes como osamentas que le sirven al pintor para rastrear su formato y dejar vivo su aliento, como en Avellaneda, en Ballester y Gómez Cano, en su fuerte empaste de las tierras de Albudeite, secas y yermas, hondas y profundas como las de Cieza, Campos de Río, Fortuna y Abanilla, con predominio de cárcavas en esta última, de ramblas y vaguadas muy pintorescas.

Otros paisajes dejan el relajo del verde que se acoge a la ribera del río y lo trasciende en la huerta del Valle de Ricote que pinta Amador Puche y Saura Pacheco, yo

mismo en convivencia con Castillo Aliaga y Enrique Larrosa; es también punto de cita para otros pintores.

Está por supuesto el paisaje de la huerta desde la longitud completa que se inicia en la Contraparada y termina en la Vega Baja donde el río va a parar a la mar, que es su morir. La historia de la pintura murciana condensa ampliamente su sentimiento por el tema, por su costumbrismo que aflora en la literatura y donde la barraca, el barracón, el pozo de sacar agua, el aljibe redondo, aparecen como signos de un ayer arcádico.

La huerta que no se entiende sin el hombre, huertano cavador, que trabaja en sus tierras de sol a sol, se encorva y suda, desarrollando su labor, que comprende la de labrar, majincar, desbrozar, plantar, recoger el fruto, servirse del borrico y el carro para portar la hierba ejerciendo su faena a las mil maravillas, mientras la luz del estío y del otoño pinta suavemente las hojas de los morerales y se nota el verde suave, esmeralda, de la alfalfa que todavía queda sin recogerse.

Cada faena del huertano que escarda, repinta su hogar, hace la monda de las acequias en marzo, cuida las bestias, planta en los barbechos, está al tanto de las tantas de agua, desperfolla en el otoño, juega a la brisca en el portal de su morada, lanza la pelota hacia los bolos en afán de birlar encuadrando su brazo como si fuera escultura romana, o se dispone a pergeñar la carroza de la primavera, es recogida en lienzos y tablas menudas de los artistas del siglo XIX, dando constancia de los pintores del siglo XX, adoptándose a sus estilos, hasta el punto que el arte murciano no se concibe sin este tema.

Existe el otro paisaje integrado por el Mar Menor y los azules del Mediterráneo, en sus costas, desde La Manga a Águilas que vibra en sus tonos diversos, apretados y frágiles, a la vez que sus torres defensivas costeras hacen las delicias de los pintores.

El Mar Menor suscita miradas de artistas sutiles que buscan en la serenidad del mar la calma del espíritu, esa ataraxia del clásico que es equilibrio del alma. Sus isletas, embarcaderos y barquitas de pescador-



Francisco Cánovas, Pedro Serna, Señora Oñate, Saura Mira y Vicente Armiñana (2008).

res son el tema favorito de pintores como Medina Bardón, Saura Pacheco, con quien acudía a la ribera de Los Urrutias y Los Alcázares para tomar notas a la acuarela, a veces nos servíamos de un petromás para pintar la luna reflejándose en la mar cuando todavía no había luz eléctrica en la playa.

LA TÉCNICA DE LA ACUARELA. NECESIDAD DE UNA ASOCIACIÓN DE ACUARELISTAS MURCIANOS

“La técnica de la acuarela consiste en un proceso en tramitación que parte de algo y se resuelve en un fin. De tal modo que, desde su origen a sus resultados conserve el papel su pureza, su transparencia, sus brotes de blancura que son su propiedad.”

(Saura Mira. Catálogo de la Exposición de acuarelistas 1972).

Nuestra lucha ha sido, y lo sigue siendo, pergeñar una Asociación de Acuarelistas murcianos como hay en otras ciudades. Lo intentamos en los años setenta y ya ha llovido bastante. Siempre nos hemos topado con la intemperancia de los pintores y apatía de las instituciones culturales. Se intentó en una exposición colectiva de los acuarelistas en el año 1972 en la Sala de Exposiciones Santa Isabel, en la que pudimos reunir a doce pintores acuarelistas murcianos, con la presencia del catedrático de la Escuela de Artes y Oficios de Valencia Francisco Val, quien nos animó a su creación. No fue posible, pasaron los años y estamos en la misma situación.

Sin embargo, a estas alturas sigo pen-

sando que Murcia ha tenido y tiene acuarelistas suficientes para ello. ¿Qué es lo que sucede entonces? Quizá la abulia del propio artista y la falta de interés por esta técnica para muchos críticos y teóricos que la relevan a un segundo plano, sea la causa de todo esto que indicamos.

Sin embargo no es así, porque desde el Renacimiento la acuarela mantiene en occidente su prosapia, sin olvidar su presencia en el Oriente a través de sus rasgos chinoscos que tanto gustan a los impresionistas. En los siglos XVII y XVIII adquiere rango y es catapultada su técnica hasta consignarla con personalidad propia semejante al óleo, aunque no consigue todavía su completo reconocimiento. El siglo XIX consagra esta forma de arte que los maestros utilizan, aunque a su vez se concibe como medio de obtención de apuntes y notas que se transforman en lienzos.

A este respecto E. Waldmánn (8) nos dice “no hay que despreciar este arte de la acuarela”, con referencia a pintores de tanta calidad como R. Cozens, Guirtin o Turner.

Naturalmente es sabido que los esbozos a la acuarela son mejores a veces que el cuadro acabado.

En España se ama la acuarela y hay escuelas que difieren de la inglesa, desde las efusiones de Turner, Bonigton y otros, como son la catalana y madrileña, con figuras tan preclaras como Fortuny o Ceferino Olivé entre otros muchos.⁹

Murcia cuenta en su historia de la pintura con nombres tan excelentes en esta técnica como Marín Baldo, Atienzar, Victorio Nicolás, Gaya, Valenciano Gaya, José María Falgas, especializados en retratos.

Se puede decir que tales artistas nos han legado la mejor técnica de la acuarela utilizando una temática costumbrista la mayoría de las veces. Influyen considerablemente en nuestra generación, pues que también entre los anteriores hay que incluir a Saura Pacheco y García Trejo, sin olvidar a Medina Bardón.

UNA GENERACIÓN DE ACUARELISTAS

Me refiero a la de los que nacimos al terminar la guerra civil. Los nombres de F. Cánovas, José Cerezo Mirete, Hidalgo de Cisneros, José Jara Navarro, Molina Sán-

chez, Pedro Lorente Costa, Enrique Larrosa (México), Antonio Castillo, Saura Mira, Pedro Serna, Díaz Bautista, los dos últimos más jóvenes, integran una pléyade de acuarelistas que en los años ochenta del pasado siglo tuvieron resonancia en la prensa, algunos con mejor logro que otros.

A la vez, el momento indicado es fértil en la presencia del crítico Cayetano Molina, tan denodado pero necesario y capaz de significar la categoría de la acuarela en su justo sentido en ese momento.

La mayoría de los artistas sentíamos interés por el paisaje de La Alberca y de la huerta. Era un tiempo insertado en el amor a la naturaleza donde el artista necesita de aquella para mostrar sus sentimientos; lo que de otro lado señala una manera de satisfacer su identidad viviendo al máximo su arte en unión con el natural.

En este sentido cabe significar el interés de los más intelectuales por la Estética como ciencia del conocimiento sensible desde su creación por Baumgarten en el siglo XVIII, que aporta las pautas para comprender la esencia del arte y la creación a través de la retina del pintor, del artista capaz de crear, componer el paisaje o plasmar sus sentimientos en una sinfonía o poema.

El paisaje aparece, de tal guisa, como el espacio al que presta atención la mirada del esteta que tiene el don de captar ese trozo de la naturaleza donde fija su retina, adaptándose a los efectos de aquella como fuente necesaria según la advertencia de Rousseau.

El paisaje de La Alberca se marca de esta forma como fuente de inspiración para una mayoría de pintores que, viviendo en el lugar, sin embargo se dejan llevar por la belleza de su paisaje. Un espacio acomodado a la luz y la perspectiva, rico en matices y fragmentos que aparecen en las acuarelas de estos hombres dedicados a mirar la naturaleza, a saborear la finitud del color que fluye en cada instante como algo inaccesible que se evapora. El acuarelista conoce esta dimensión del color, del ambiente que acoge el momento, el que en esas horas va nutriendo su retina, mientras domina la pincelada, que deja constancia en el papel, suave material, la densa calidad de su sabiduría.



Con Molina Sánchez en el estudio de Salabosque (diciembre 2004).

Realmente nos embriagaba los efectos anotados en la parcela visualizada, con los efectos que provocaba la luz sobre los verdes diversos de los pinos y los azules de sus lejanías, que eran sensibles y transparentes. Todo aparecía con su capacidad de admirarnos, sin saber donde nos encontrábamos, acaso en un espacio edénico que se identificaba con la sensualidad del lugar tan familiar y sin embargo tan diferente de todos.

En ocasiones la lluvia y la tormenta nos atraía y se buscaba sus efectos, a tenor de lo establecido por Leonardo, en su "Tratado de la Pintura" que comentábamos con asiduidad.¹⁰

La Alberca, acaso la pedanía más familiar de los murcianos, era acogedora y conservaba una prestancia más original, sin las urbanizaciones posteriores en torno al monasterio de la Luz y Santa Catalina. El paisaje se mostraba en su prístina enjundia y era deleitoso asomarse al farallón de su castillo árabe, incluso fundirse por las cuevas que eran cita y cobijo de ermitaños que, desde el siglo XV ocupan su terreno. Sobre todo recuerdo los paseos con mis compañeros artistas por los contornos del Valle.

Lo hacíamos A. Castillo y E. Larrosa con el que tenía gran amistad desde mi infancia¹¹, repasando el dorado de los eucaliptos cercanos a la rambla, una vez cursado el estanque de agua, el cual reflejaba en su seno el verde terciopelo de los pinos lugar solícito a elucubraciones estéticas.

MEDINA BARDÓN O LA FUERZA DEL COLOR

En este sentido conviene acercarse a la pintura de Medina Bardón que impresionaba por su fuerte personalidad que trasladaba al lienzo o acuarela. Era un enamorado del azul marino que impactaba con potencia en el lienzo, sin mezcla alguna, simplemente lo trasladaba con el pincel cual salía del tubo. Se emocionaba con un simple encuadre de barcas de pescadores, blancas y con velas recogidas, varadas en el puerto. También se regocijaba con poner en el cuadro palmeras que se dejan ver en el paseo de la playa de San Javier, o se percataba de la bondad del embarcadero que permanecía como un signo decimonónico donde el balneario atraía al forastero, como el de la Encarnación, en Los Alcázares para tomar las aguas y leer a Marcel Proust a la sombra del toldillo dispuesto a la orilla del mar.

Los trazos de Medina Bardón son directos y seguros, el pincel irrumpe en el lienzo desde su corazón con apasionada fuerza, como anhelando dejar patente su goce por el aire playero, por la barcaza que eleva sus palos sobre el viento y estremece el ambiente. Como Van Gogh, funde sus pinceladas más amplias en el papel de la acuarela y las dispersa sin pulir el color, dejándolo suelto y con su materia propia.

Era un enamorado de la técnica a la aguada que conocía como nadie, la trataba con una agilidad y fuerza muy original, dejando la pureza del color mismo, en contra de la acuarela que se hacía en Cataluña, zona de España, cuna de Fortuny y de Ceferino Olivé, maestro de maestros.

Pero es que Medina Bardón busca los temas de huerta junto al quijero del río, al que va a pintar con Saura Pacheco. Ambos llevan sus lienzos y caballetes y se paran ante una casa con unas moreras, puede que una figura estuviera allí en su faena,

una mujer limpiando la ropa, como las pintaba Marín Baldo en sus deliciosas tablas. Pintaban de pie o sentados en una silleta. En los días de sol se cubrían con una sombrilla. A mi padre lo pintó en una deliciosa acuarela Laorden, mientras pintaba en un sendero de la huerta. Se nota en ella sus trazos esquemáticos, seguros, en una concepción admirable del dibujo.

Inquieto pintor, Medina Bardón, viajaba y hacía apuntes espléndidos a la acuarela sobre catedrales y avenidas parisinas con gente paseando, como lo hacían los impresionistas. Sus cuadernos, que me enseñaba, estaban sueltos y plenos de color, prueba de su inquietud por el arte.

No era extraño verlo en el monte de La Alberca situado ante el paraje de La Luz tomando nota del eremitorio de muros dorados y campanario silente, con el verde de los pinos meditando a su costado. También se acercaba a la romería de la Fuentisanta para recoger la figura de la mujer caminando de rodillas cumplimentando una promesa. Lo hacía junto a mi padre Saura Pacheco presto a hacer un cuadro sobre la Romería.

El paisaje del monte está sumido en tonos recios de los pinos que se hace esmeralda y otros suaves que se derraman por el valle ajustado desde la altura, con la ciudad al fondo y donde se sugiere la figura de la torre como un vigía, antes de que la maraña de edificios cubriera su remanso de color vegetal.

Medina Bardón sabía componer los primeros términos y esbozar los segundos y más lejanos dejando que la mirada observara el paisaje con sus diversas gamas, como si fueran notas de un piano que se esfuman en la perspectiva.

En ocasiones se acercaba a las calles de La Alberca, a sus plazas o se dirigía por el contorno de Santa Catalina para pintar el molino de aspas movidas por el viento. Se movía por Murcia y sabía de sus rincones más sutiles y plásticos que, cerca de sus templos, ponen color y las figuras agitan el espacio.

Pero lo que más le atraía era la mar con sus fragmentos azules, color prusia en el horizonte y verde azul en la orilla, donde las olas suaves dejan su espuma

blanca junto a las algas doradas. Se acercaba a la sombra de la palmera y olía el aire marino que le dejaba ecos de viejas barcazas de piratas que solicitaban brazos en estas costas tímidas y sugerentes.

Como el pintor Pío Verdú, al que conocí en esos años de niñez en que conversaba a menudo con Medina Bardón, iba en pos de la serenidad que le prestaba el Mar Menor como una línea que transmite equilibrio en el espíritu. Se encontraba bien en la transparencia apolínea que conforma la serenidad griega, desde el sosiego más absoluto.

En efecto el paisaje del Mar Menor disuelve cualquier ansiedad y consume el vértigo en un apacible remanso que deleita. En el verano las orillas de esta costa adorable se muestran acogedoras, los veraneantes se dejan llevar por el acorde del momento que se hace eterno. Se nutren de la eternidad del tiempo que acompaña cada ola que se deja caer mansamente en la orilla. Es el dejar pasar, el encontrarse bien donde se está bien sin máculas de otra índole.

En los años sesenta del pasado siglo estas playas quedaban límpidas y mansas, sin el agobio de los trajes que en la actualidad dislocan. Entonces el pintor acudía a Los Urrutias para otear las islas, reencontrarse con su pasado, para vislumbrar los carromatos de gente que, en vísperas de la Virgen del Carmen, acudían de la huerta para asentar sus bueyes a la orilla de la playa, para bañar a sus bestias durante nueve veces al día.

Allí estaba mi padre Saura Pacheco, Medina Bardón, alguna vez Almela Costa y los pintores más jóvenes, tomando nota de ese suceso costumbrista.

El pescador dejaba su silueta peculiar en la playa. Absorto en su faena de remendar sus redes, tiene la barcaza con la cuerda atada al palo de la orilla. Aparece solitario y con el pensamiento dispuesto a sus salidas de pesca por la noche para estar con la amanecida en su hogar. Es un personaje que sirve a la retina del pintor para trasladarlo al lienzo y lo hacen nuestros artistas, pendientes de la luz que inciden su rostro y resbala por los costados de la arena que amarillea en la mañana.

Medina Bardón, Saura Pacheco, Alme-

la Costa y otros nos han dejado encuadres de este cariz en el paisaje marino del Mar Menor, como los temas de embarcaderos y de veraneantes descansando junto a la orilla playera con la sombrilla dispuesta para resguardarse del sol.¹²

Si el pintor de los azules y blancos pinta el tema marino sosegado, aunque vibrante en sus pinceladas, Saura Pacheco lo hace en otras playas del Mediterráneo con sus olas grises que se deshacen en la costa. También se sume en el sereno transcurrir de la barca de Domingo, pescador de Los Urrutias, pintándola con su vela latina y al fondo la isla de la Perdiguera, una obra para mí deliciosa que obra en la familia.¹³

Hay otros lienzos marinos de mi padre que se desparraman entre el Ayuntamiento y particulares y que corresponden a los años setenta del siglo pasado.

Siguiendo con los pintores a los que no se les ha hecho el reconocimiento que en justicia merecen y que en este caso dedicamos a Medina Bardón, conviene significar los nombres de Saura Pacheco, Miguel Valverde, Ángel Martínez de Alcantarilla, Ignacio López o Reyes Guillén, por poner sobre la mesa los más importantes de una generación que convivía con los llamados grandes maestros de los años treinta y cuarenta, para pasar a la siguiente de los más jóvenes artistas apartados ahora de la corte y de sus pompas, pero que a nuestro entender son dignos de nuestra admiración.

SAURA PACHECO. POETA DEL RÍO

De Saura Pacheco se ha escrito poco a no ser por quien escribe. Admirador de mi padre al que le debo el amor por la pintura, y de cuya figura hice un trabajo que después se incrementa en el Catálogo de la exposición que se le hizo como homenaje en Ceutí, en 2003 patrocinada por el alcalde Manuel Hurtado García, comprendía una amplia muestra de su obra, algunos de sus lienzos donados para el Museo que se dedicará en su momento a este pintor de la huerta y del río.

Es cierto que el Ayuntamiento de Murcia le hizo una antológica en el Almudí, en el año 1997, cuando ya el pintor ostentaba la edad de noventa años y se encontraba enfermo. En el mismo año se le nominó



Mi padre con Bonafé (1972).

con una calle. Eso está bien aunque creemos que persiste su olvido ante la prestancia de los pintores contemporáneos que han tenido mejor suerte.

La obra de este pintor, uno de los pocos que han obtenido un Premio Nacional de pintura en el año 1992 con su obra "Otoño" es desconocida, sobre todo muchos de los lienzos de sus últimos años.

Casi toda su obra está repartida entre los murcianos amantes de su estilo impresionista, aunque alguna se contempla en instituciones determinadas como la Asociación de la Prensa, su "Romería", premio que instituyó la misma, como sus accésit del Villacís que dormitan en las salas de organismos públicos.

De su obra y amor apasionado por la pintura no voy a hablar pues me remito a mis trabajos publicados, pero pongo de manifiesto lo que venimos defendiendo, la injusticia en que se halla su figura en el ámbito del arte murciano, naturalmente junto a otros.

Sí es cierto que en el año 2001, se le hace un homenaje en la Sala de exposiciones de Comercio de Murcia, ello a través de la Comisión que se integraba por don Carlos Valcárcel Mavor, José Antonio Melgares Guerrero, José Belmonte Serrano, José Cerezo Mirete, Ángel L. Riquelme Manzanera y Fulgencio Saura Mira.

La Comisión tenía buenas intenciones que no eran otras que evocar a nuestros pintores, en ese momento al pintor aludido, participando los siguientes artistas: A. Castillo, Balibrea, Cerezo Montilla, C. Fernández Piñar, Díaz Bautista, Díaz Cerezo, Domingo Morales, F. Cánovas, Fermín, E. González, Gil Béjar, Henánsaez, J. Cerezo,

López Sánchez, Mari Muñoz, Miguel Valverde, Molina Sánchez, Pina Nortes, R. Carrasco, Reyes Guillén, Sánchez Borreguero, Sanjo, Saura Mira, Saura Sánchez y Víctor Rosique.

La Comisión no tuvo efectos al no ser apadrinada por las instituciones culturales de Murcia y partir la idea de los propios artistas. Ello motivó la desgana de quienes, como siempre han de enfrentarse al sistema oficial de turno.

MIGUEL VALVERDE O EL SEÑORÍO DEL RETRATO

Miguel Valverde, otro de los olvidados, a su edad avanzada, que raya en los noventa años, todavía trabaja, como podemos constatar, en su casa de Monteagudo con la potencia e ilusión de siempre.

Pintor de textura clásica, excelente dibujando, artista completo, se dedica en su infancia a componer lienzos en torno al retrato, donde triunfa aparentemente; lo que no es óbice para que conjugue el retrato con el paisaje y el bodegón.

Ya en los años cincuenta del siglo XX lo observamos exponiendo en distintas salas de Murcia, sobre todo en la Económica, mostrando su hacer pictórico en un completo avance que se hace constar en la prensa,¹⁴ donde se advierte ya su "dominio del retrato", en un estilo de suaves entonaciones que nos llevan a Goya, pues en su juventud se hace copista del genio español, teniendo autorización para pintar en el Museo del Prado.

En este sentido conserva el artista, en su casa de la huerta, una magnífica copia de la Maja Desnuda, como de otros retratos del autor de los Fusilamientos de Madrid.

El estilo del genial pintor de los "Desastres de la Guerra", le influye considerablemente, lo que, como él mismo dice, le ha marcado en su obra que ostenta su influencia, aunque ha tratado en todo momento de evitar y buscar su propia personalidad.

Hombre inquieto y apasionado por la pintura, por la huerta y el paisaje costumbrista, no ceja en sus propósitos de pintar. Hace retratos y vive bien de su oficio. No olvida el bodegón y es un inquieto viajero, sobre todo le interesa el entorno de las

Alpujarras con sus pueblos blancos que se hunden en la sierra.

Su pintura se muestra cada vez más unida a su personalidad conjugando la mancha amplia con el color ocre de los otoños que contrastan con el verde de su huerta amada.

Son conocidos sus retratos de los rectores de la Universidad, bien contruidos y con una magia sustantivada en sus pinceladas que se difunden con los contornos, como le gustaba trabajar.

Se nota en su obra el amor hacia su paisaje con el que convive. Hace acuarelas, que conocemos, sobre el tema de Monteagudo, en cuyo ámbito aparece una figura trabajando a lo lejos y el montículo familiar que le sirve de modelo cada día.

Desde la soledad de este artista prolífico, conocedor del paisaje murciano, se advierte la enjundia del personaje que, nacido en la ciudad murciana, siendo un trabajador asiduo y solitario, sin embargo se ha orillado y nunca se le ha hecho ningún homenaje ni siquiera expuesto su obra de retratos y paisajes.

Hace algún tiempo lo visité en su vivienda de Monteagudo a la que se llega atravesando un carril del más puro encaje huertano. Desde su hogar, donde tiene su estudio, se abren unos ventanales desde los que se contemplan escorzos de la huerta con moreras y casas evocadoras de un pasado ya roto por el progreso. El anciano pintor, sin embargo conserva en su mirada la juventud que no se separa de él y se nota en su inquietud por la pintura.

En el interior de su morada se huele a aguarrás y aceites, a pintura derramada por sus paletas llenas de colores que ya de por sí son cuadros. El espacio está lleno de su obra en lienzo donde preside la Maja de Goya que le sirve de tránsito a su pasado y le evoca horas deliciosas en el Museo del Prado que tanto han significado para él.

En su soledad, roto por la ausencia de su esposa, tan solo se dedica a pintar, simplemente a reposar con sus pinceles, a mirar la huerta y dejarse llevar por el llanto de sus ojos zarcos que sueñan cada día. Queda en el silencio el maestro Valverde, fundido entre sus recuerdos y amor a su Murcia querida.

ÁNGEL MARTÍNEZ, BOHEMIO DE LO SENCILLO

Ángel Martínez, pintor alcantarillero, nacido al principio del pasado siglo, se suma a los artistas que penden en el más absoluto olvido.

Su profesión de pintor de brocha gorda, como se dice, sin embargo tiene apasionada vocación por la pintura de lienzos y murales. En su juventud marcha a Madrid en la época en que el pintor catalán Joaquín Mir inunda de cuadros las exposiciones catalanas. Lo hace a veces acompañado de Saura Pacheco con el que se relaciona en sus horas de la pintura del natural, conservando una amistad imperecedera. Es discípulo del artista catalán que le enseña la forma de tratar la pincelada directa sobre la tela, dejando en unas horas el cuadro hecho, sin necesidad de dar una pincelada más.

Tanto Ángel Martínez como Saura Pacheco beben en esa fuente tan vibrante y apasionada del artista español y son capaces de pintar “de un tirón” un lienzo de mediano formato, como solían decir, dejándolo acabado definitivamente. Ello lo hacían de tal guisa, en contra de otros pintores, que daban en el natural unas solas pinceladas, a modo de boceto, para terminar en el estudio el cuadro.

Sus paisajes preferidos eran los contornos de su Alcantarilla, cerca de Javalí Nuevo, como encuadres costumbristas de Nonduermas o los rincones de la huerta junto al río, cuando se acercaba a pintar con Saura Pacheco buscando los reflejos de los chopos otoñales en el agua.

No era extraño verlo con su bloc de notas en los más apartados ángulos huertanos, en pos de la barraca y la gente trabajando en los bancales, siendo testigo y cronista de aquel suceso, sobre todo los relacionados con escenas costumbristas de su ciudad natal.

Conocí a este pintor, maestro de Ignacio López, también nacido en esta tierra, cuando compartía con mi padre encuadres de murales en los cines murcianos, hoy ya desaparecidos y donde resaltaban escenas huertanas.

Pero es en su patria chica donde el pintor es reconocido y su obra como muralis-

ta queda en numerosas entidades y restaurantes que pinta junto al compañero Ayala, otro artista a su vez olvidado.

En mi etapa de Secretario del Ayuntamiento de Alcantarilla, siendo el pintor ya mayor, pude contactar con él y saber de su vida y sus cuitas pictóricas alanceadas por la adversidad en muchas ocasiones. Colaboró conmigo en el Boletín del Ayuntamiento con dibujos costumbristas de su tierra y tuve la fortuna de acudir a su estudio en calle recoleta y humilde, donde pude observar la categoría de este hombre sencillo que era capaz de darme un bodegón de frutas que había acabado de pintar, una tabla menuda que conservo cariñosamente.

A finales de los setenta del pasado siglo y en la etapa del alcalde Fulgencio Pérez Artero nos relacionábamos intensamente con el pintor y eran asiduos los coloquios en su casa, pues este alcalde culto y sensible admirada la pintura y defendía a sus artistas.

Ángel Martínez era un bohemio de altura que se conformaba con poco, su rostro reflejaba el aire fresco de la naturaleza y sus manos regordetas, heridas por el trabajo diario, sabían manejar con gracia y soltura los pinceles. Un pintor que para mí está entre los mejores del parnaso estético murciano.

IGNACIO LÓPEZ. INQUIETO PINTOR

Discípulo de Ángel Martínez, Ignacio López nace en Madrid en 1926 y regresa a Alcantarilla (Murcia) donde tiene a su familia. De bien joven se incorpora en el ambiente cultural del momento, como el murciano, interesándose paulatinamente por la pintura bajo la dirección del maestro Ángel Martínez con el que sale a pintar del natural constatando su pasión por el arte, conllevando su profesión con la pintura. Conoce a otros pintores y no ceja de exponer en Madrid y Murcia, a veces en colectivas o personales.

Lo conocí al pintor en los años setenta siendo Secretario del Ayuntamiento de Alcantarilla y sé de su vocación estética aun en su edad madura, donde sigue apartado y trabajando, junto a su esposa Mercedes Ballester, que tanto le ha ayudado, y sus hijos que ya le han dado nietos.

Inquieto artista pasa por todos los van-

guardismos desde el clasicismo a la abstracción, aunque dentro de una ponderación estimable¹⁵. En sus primeros momentos se destaca su estilo impresionista en la profusión de bodegones y floreros, con paisajes y escenas costumbristas como “Niños en fiesta” o “Mujeres con naranjas”, de muy buen corte y composición.

Del nuevo estilo son sus cuadros “Ánima” o “Cosmos” que delatan otra forma de mirar el mundo y donde los empastes son esenciales. En estos momentos, el pintor trabaja en composiciones muy en relación con las impregnaciones del pintor Hernánsaez, recientemente fallecido y con un acopio de muestra pictórica digna de estudio.

ROSIQUE GAYA. PINTOR DE LA PRIMAVERA

Rosique Gaya es otro de los pintores apartados del círculo de los privilegiados, pese a su nominación en una calle sita en el barrio del Infante Juan Manuel murciano.

Su hijo Víctor Rosique, que dedica sus horas libres a la pintura, da testimonio del buen hacer de su padre en este menester, conservando una amplia obra que merecería estar unificada en un espacio museístico como la de tantos otros.

Lo recuerdo con sus inquietos ojos y su caminar lento, con su bloc de apuntes que en todo momento llevaba consigo. Su profesión era la de maestro que le proporcionaba exigua soldada y se las tenía que compensar con la venta de cuadros que amablemente ofrecía al murciano.

Sus carpetas estaban repletas de apuntes de almendros en primavera, rostros arabescos, que pintaba espléndidamente y paisajes, bodegones y figuras.

De la generación de mi padre y Almeida, Rosique aparecía de vez en cuando por las tertulias de la calle Alfaro mostrando, casi siempre, su última acuarela o tabla con almendros en flor, que era su paisaje preferido que conocía de memoria y tenía facilidad para trasladar al lienzo las tonalidades cálidas del árbol floreado, con sus fragmentos violetas de anacaradas flores, con las que se visten los campos en el momento más hermoso del calendario.

Tocaba el retrato con personalidad propia y uno de sus mejores lo observé en mi juventud, en la casa de Valbuena Prat. Un retrato del escritor e historiador de nuestra literatura española, en unos tonos opacos pero de excelente hechura.

Sus apuntes sobre escenas arabescas formaban parte de su mejor estilo, fruto de sus viajes por Marruecos donde se impregna del color y la sensualidad de esta tierra mágica. Los rostros de moros con la chilaba y el turbante son profundos, conforman el mejor estilo de este pintor murciano con el que pude conversar cuando ya anciano y en su soledad, precisaba el contacto con sus amigos. Y fue en una tarde, casi la última tarde de su vida, cuando me enseñó una carpeta inédita de rostros árabes que guardaba en el arca de sus recuerdos de juventud.

Cuando paso quedadamente por su calle ubicada en el barrio del Infante Juan Manuel, en el que habito, recuerdo la figura regordeta de este pintor que tanto quería. Un artista que lo único que anhelaba era disponer su caballete en la loma del paisaje de Cehegín o Caravaca y dejarse llevar por el cosmos coloreado de sus almendros en flor, entonces se hallaba bien y tornaba a su hogar con el cuadro recién pintado, con el alma serena y dispuesto a educar a sus alumnos, sobre todo a expresarles su amor por la naturaleza.

Blas Rosique es uno de esos artistas entrañables. Se hacía querer por su amable persuasión y sencillez. Todo un caballero que retenía en sus ojos la belleza del paisaje de almendros con hojas violetas, tan solitarios como lo era él mismo, que tan solo se consideraba dichoso conversando con sus alumnos sobre el paisaje y la belleza de la vida, sin más aspiraciones que pintar sobre una hoja de papel que enseñaba a sus amigos.

JOSÉ REYES GUILLÉN O LA INTIMIDAD

Amigo de mi padre y asiduo asistente a las tertulias de la calle Alfaro, Reyes Guillén es otro artista al que no se le ha dado el relieve que merece pero que posee una obra muy interesante, tanto de acuarelas y oleas, como de dibujos y guaches, entre otras técnicas.

Pintor de estirpe, su vocación por la pintura le lleva a tocar todos los palos, tanto el retrato como los interiores y el bodegón en el que preside casi siempre una botella.

Recuerdo desde mi niñez su figura elegante y su mirada arropada por el silencio de la contemplación de la vida. Ahora en su vejez continúa pintando, sin ser envidiado ni envidioso, que es el mejor estado del hombre.

Conservo en la memoria unas acuarelas de pequeño tamaño que expuso en alguna sala murciana, que me dejaron impacto por la entrañable forma de vislumbrar el tema de los interiores, con la presencia de una figura que al fondo del cuarto realizaba una actividad femenina.

A veces se la encontraba en su labor de cada día o sumida en el letargo de sus pensamientos, pero su encuadre y manera de estar dejaba en mí sentimientos deliciosos.

Era el tiempo en que me apasionaba esta técnica con la temática que Reyes Guillén proponía para la expresión estética.

La técnica de la acuarela es, sin duda alguna, la más vidriosa de la pintura a la vez que incomprendida, pero el artista conocía sus reglas, dominaba su empaste y sabía conjugar el espacio ambiental, sin cargar tintas que pudiera sofocar su materia. Por eso, sus interiores dejaban traspasar el aire y gestaban vida propia en una unidad de transparencia sutil.

Sus paisajes rebozaban alegría y embastaban secuencias costumbristas cuando se acercaba a la tierra y se introducía por la huerta con otros pintores, emulando a los que a finales del siglo XIX forjaron la Escuela de Barbizón, donde comenzaron los pintores franceses a tomar el natural para su inspiración.

Un movimiento semejante lo hubo en ese tiempo en la ciudad, integrado por estos pintores del anonimato, pero auténticos, brillantes en su humildad, sin alardeos de genialidad que es lo que mata al pintor que sufre día tras día, se considera un disconforme con la sociedad, no se deja llevar por los alegatos de los críticos de turno.

Reyes Guillén conocía el ambiente cul-

tural murciano que no era de su agrado y se refugia en su trabajo sin buscar elogios, pero arrebuñado en su necesidad de pintar. Es un hombre inquieto y busca renovar su estilo. Pinta grandes lienzos de interiores con figuras, se abre al mundo urbano y contempla el hormigón de la ciudad y las terrazas cubiertas por cientos de antenas televisivas. Se preocupa de explorar lo recóndito del urbanismo que se va extendiendo en la ciudad que se desgaja de sus puntos centrales, como la calle Platería, la Catedral y el puente Viejo. Va más allá y crea sus propias recreaciones que transmite a los demás y le lleva a conseguir premios.

Ante todo, Reyes Guillén, es el pintor de lo íntimo que se traduce en composiciones entrañables que conjugan con el juego cristalino de sus botellas, que disponía sobre una mesa, tan humilde como su mirada y su vida.

En su vejez el artista asimila su pasado y va más allá del presente que es lo nuevo y al que aspira.

FRANCISCO FUENTES

Quisiera, en estos momentos de evocación justificada, hacer un homenaje a este hombre bueno, artista insatisfecho, émulo de mi padre Saura Pacheco, Antonio Laorden y tantos otros pintores que conforman una pléyade de artistas que más han influido en mí.

En realidad Fuentes mantenía en sus ojos y en sus manos, el don de la sensibilidad más acusada, y además era amigo de verdad, otro padre para quien escribe. Persona dedicada a transmitir sus conocimientos de pintura a quien lo necesitaba sin recibir a cambio nada más que su amistad. Carecía de la envidia que a veces invade al artista que se cree superior a los demás.

Era asiduo tertuliano de las que se hacían en la calle Alfaro, pendiente de la última obra de mi padre, e incluso de las que yo mismo, que era un crío, pergeñaba del natural y a veces me aconsejaba sobre el dibujo y el inicio del cuadro, sin duda siguiendo el criterio del "Tratado de la Pintura" leonardesco, que solía comentar a modo de clases, donde participaban Ceferi-

no, Barberán, Carpe en ocasiones, aunque muy puntuales y el mismo José Ballester.

Lo más importante para Fuentes era acudir con mi padre al paisaje de la huerta, sobre todo en otoño, que es el tiempo más indicado para la pintura. Admiraba la destreza de Saura Pacheco para tomar posiciones en el paisaje y esbozar, de un tirón, el cuadro que se llevaba a su casa ya pintado. Él necesitaba tiempo y estudio.

Conservo un lienzo de Fuentes, que debiera estar en el Museo de Artistas murcianos, como muchos otros de pintores olvidados, y que tiene a Saura Pacheco como protagonista. Es un lienzo de pequeño formato muy estudiado en su esquema principal, aunque sin desdorar el ambiente paisajista, con un cañaverl en segundo término y unas casas lejanas con palmera lateral. El lienzo conserva la nitidez de un momento fecundo en la actividad del pintor, al que le costaba, como decía, manchar el lienzo y terminarlo adecuadamente.

Sus temas favoritos son la huerta y La Alberca, sobre todo los quijeros del río con reflejos de los eucaliptos y algún pescador realzando su oficio en la paz de los cañaverales. Estas obras se comentaban en las tertulias famosas y se encomiaba la belleza del río como asunto característico del paisaje. Fuentes era un excelente dibujante que me enseñó a manejar el lápiz con destreza, iniciando el dibujo con suaves entonaciones hasta el perfil de acabado, tal como lo señala Leonardo en su "Tratado de la Pintura", que era el libro de comentario de mejor catadura para el pintor de todo tiempo.

ANTONIO LAORDEN MONSERRAT

Tal como suena, este artista no se conoce en el ámbito de los grandes, pero constato que es un gran acuarelista, dibujante e ilustrador de los temas festivos de Murcia, autor de carteles inéditos y maestro de acuarelistas.

Persona amable, simpática y generosa, su oficio de delineante le dio para mucho en el desarrollo de la técnica de la acuarela. Muestra de su oficio es una acuarela en la que recoge a mi padre pintando en un escorzo huegano, donde se palpa el

ambiente en unos trazos soberbios, una acuarela que conservo, como otra de Marimbaldo sin firma, que son dos joyas.

Tertuliano en casa de mi padre, se mostraba inquieto y apasionado por la pintura. De la generación de Saura Pacheco y Fuentes, salían los tres a pintar a La Alberca, en época de la Romería de la Fuensanta, en un tiempo en que mi padre pintó un espléndido apunte que fue recogido en el diario ABC de Madrid, y que conozco solo por la fotografía.

También los pintores tomaban la ruta de San Antonio el Pobre, encaramándose por los riscos cercanos, pues yo les acompañaba, para situarse en un altozano y pintar las lejanías que se observaban. O simplemente se acercaban al monasterio de la Luz para tomar notas del paisaje con el monte y los olivos plateados que se mecen con los pinos. Sus obras las contemplaba y me animaba a seguirles sus pasos.

Laorden insinuaba en el bloc, que llevaba consigo, líneas para conjugar con sus manchas aguadas, a veces acompañadas con tintas negras que utilizaba en sus dibujos.

En muchas revistas de festejos murcianos queda patente el arte de este pintor al que me refiero, gran amigo y acuarelista, sobre todo un hombre sencillo que solo disfrutaba con la acuarela y nos legó lo mejor de sí mismo.

ENRIQUE LARROSA (MÉXICO)

Enrique Larrosa fundamentaba sus sentimientos en los encuentros sencillos con el color, especialmente los amarillos del crepúsculo, pues sensible como el que más, buscaba la suavidad de tonos que trasladaba al papel utilizando el agua precisa que deslizaba sobre tan delicado material. Lo hacía con auténtico arte y daba gusto ver como pintaba, dejando su tiempo para colocarse de nuevo en su silleta, una vez que se había fumado el pitillo y seguir avanzando para dar fin a su obra.

El pintor, al que le gustaba firmar como México, era uno de los artistas de más honda calidad que he conocido. No solo se trataba de un amigo, el de la infancia, también era el artista que sabía comprender

mis reflexiones sobre la materia de la Estética, y conversaba conmigo sobre esta temática con gran lucidez.

Sus acuarelas, generalmente de menor tamaño, estaban fundidas en un entrañable amor a su lugar de nacimiento.¹⁶

Persona inquieta y trabajadora, se dedicó a otras faenas para poder vivir en aquellos años vidriosos de nuestra niñez, aunque sacaba horas al tiempo para pintar, que era su pasión.

Sus temas preferidos estaban cercanos, a solo un paso de su vivienda de la calle Jara Carrillo de La Alberca, donde se iniciaba la ruta por el monte, bien hacia el Valle o circundando la Sericícola, que era remanso de paz y de información en torno al gusano de la seda. En tales días recogía sus bártulos y salía con su bloc a tomar un apunte. A veces le acompañaba, sobre todo en los domingos y veranos. Era un goce ver como se acomodaba bajo la sombra del olivar y comenzaba a dibujar sobre el papel, y una vez esbozado su tema daba las primeras pinceladas que dejaba secar, a fin de consignar con más fuerza los primeros términos.

Larrosa (México) se ensimismaba con el encuadre donde tan solo estaba el tronco retorcido del olivo y las luces de la mañana jugando con el vegetal. Para él ese trozo de naturaleza contenía todo lo que se precisa para condensar el paisaje, dando rienda suelta a su imaginación.

Le apasionaba al pintor sus contactos con La Alberca, cita de sus cuíitas pictóricas, como la de muchos otros. Buscaba las calles recoletas donde algunas figuras aparecían en sus esquinas dejando un cariz costumbrista, o simplemente acudía a su término donde se amalgamaba la huerta con las casitas arabescas que dejaban en sus patios la silueta de una palmera.

Pintaba a su modo mostrando su personalidad, con un estilo muy peculiar, con toques graciosos y muy a lo Renoir, que transmitía su mensaje en una necesidad por tomar nota del paisaje, testificando la vida que en él se desarrollaba.

Sus trozos de huerta del camino de Salabosque, sus encuadres de casas cercanas con obreros trabajando, sus bodegones, formaban parte de sus temas preferidos.

Siempre asociaré a este pintor con nuestra pedanía, lugar preferido de muchos pintores reconocidos, inspiración de poetas y artistas.

El pintor Larrosa (México) lucía en su haber una compulsión por vivir, por gozar de la naturaleza, muy a pesar de sus muchos sufrimientos que la misma vida le otorgó. Me consta de la grandeza de alma y generosidad por entregarlo todo a su familia, a su esposa e hijos que dejó una mañana de primavera cuando la Providencia le llamó para que pintara en otros espacios de azules y amarillos, de ángeles y prados inefables.

Con apenas treinta años se fue el pintor alberqueño, amigo y acuarelista que dejó pocas acuarelas desparramadas por las casas de la pedanía que tanto amó. En los años ochenta se le hizo un homenaje entre los suyos con catálogo en el que se muestra parte de su obra. Un acuarelista que merece estar entre los mejores que ha dado esta tierra a veces ingrata.

Por cierto que conservo unas cartas del acuarelista de la época en que estaba, por razones profesionales, en Alicante. En ellas trata de su vocación por la pintura y su sufrimiento por estar apartado de su paisaje amado. Unas cartas pendientes de publicar.

ANTONIO CASTILLO. LA SUTILIDAD

El paisaje es una forma de mirar y retener lo que el pintor anhela expresar con sus pinceles. Desde Platón a Kant, la naturaleza es una fuerza que conmueve, da su gesto en sus formas bellas o sublimes, pero en todo caso conmoviendo el corazón de los artistas que saben mirar, ver el sentimiento que anida en las cosas, se estremece en los árboles, queda sujeto a una casona vieja que, con los rayos dorados, se transforma en una belleza sutil que revela la grandeza del orden natural, sobre todo hace presente el alma del artista que mira y observa.

De estas cuestiones charlábamos mientras buscábamos un lugar en el monte para disponer los objetos y ponernos a pintar, cuando la mañana de estío nos invitaba a salir.

Antonio Castillo es otro de los importantes acuarelistas que ha dado esta tierra, fecundo y entregado al lugar de su nacimiento; no ceja todavía de buscar sus paisajes tradicionales como la rambla alberqueña, el Santuario o los caminos de huerta que se pierden hacia Murcia. No le van mal los bodegones y floreros que toca con sutil delicadeza, pues no en balde ha bebido de la fuente del gran acuarelista García Trejo.

Pero además Antonio Castillo, que en la actualidad da clases de esta técnica en su pueblo natal, es un conocedor veterano de este medio pictórico al que el crítico Cayetano Molina, de tan buena memoria, se refiere y elogia en sus numerosos trabajos en diarios murcianos. Un personaje que amaba esta técnica y fue quien, en este tiempo que comprende los años ochenta, defiende la acuarela en su justo punto, por lo que sirva nuestro recuerdo como homenaje al periodista, jurista y también pintor al que se le debe sus esfuerzos por poner de manifiesto el valor de la misma, al que tampoco se le ha reconocido este empeño.

Para Cayetano Molina la acuarela es como las siete y media, pues unas veces se puede pasar del límite y en otras no llegar. De esto conversábamos en las exposiciones que compartía con mi padre Saura Pacheco y con otros acuarelistas. Por esos años el también jurista y pintor Díaz Bautista, con el que he compartido tantos momentos pictóricos, escribe en Línea defendiendo esta manera de pintar.

Antonio Castillo es reconocido en La Alberca, donde expone con insistencia y siempre con gran éxito. Podemos decir que no hay vivienda que en esta pedanía carezca de una de sus obras. Sus temas son tan sencillos como nítidos y sugerentes sobre el lugar que le sirve de base a sus temas.

En este sentido el pintor se destacaba por su interés en dedicarse a esta vidiosa técnica siguiendo las huellas de los maestros acuarelistas que dejaron su impronta desde su costumbrismo. El paisaje le sirve de base, tratando de recoger los temas en torno a su pueblo natal.

Pero además el acuarelista sabe componer como excelente dibujante los aspectos que le preocupan desde el lado de lo cotidiano y que son con los que se enfrenta, que a veces de tan normales no se ven. Su técnica acusa la influencia de los maestros catalanes influenciados por Bonín y Olivé, utilizando la aguada en un empleo del agua que difunde la pincelada en el papel. Con ello consigue efectos interesantes de brumas y reflejos de ríos y charcas, tan utilizados por el acuarelista.

El paisaje de eucaliptos, pinadas y huertos acompañados de barracones, comprenden su esquema favorito, como las luces que, desde su patio alberqueño, insuflan sobre las macetas con geranios.

Acuarelista fecundo, ha recibido varios premios. Premios de la Asociación de Acuarelistas catalanes, como otros en distintas zonas de España. Su dedicación plena a la acuarela hace que se halla especializado en la misma a la que defiende como gran arte, al que no se le ha prestado atención.

Sabe el pintor, ya a sus más de setenta años, que la vida pictórica es una lucha diaria que lo enroca en una tensión constante. El pintor ha de enfrentarse siempre al dilema de ser o no ser, de vislumbrar la calidad de su creatividad en un cosmos diverso en el que ha de mantener diversos roles, o permanecer en la opacidad de los días, que nada le procura, a no ser la satisfacción del estar, sin más.

Por el contrario Antonio Castillo, como los que defendíamos esta técnica pictórica, intuíamos las dificultades que el artista ha de ir venciendo paso a paso, a veces sin saber los resultados. Lo comprendió nuestro pintor en cada instante de su creación, en sus horas en las que buscaba ladearse de la dura realidad que lo oprimía y en ocasiones se sentía un personaje solitario, disconforme con la realidad, sabiendo sufrir y buscando salidas en su obra.

HIDALGO DE CISNEROS Y SU INTIMISMO

Hace años un grupo de amigos pintores sentimos la muerte de este acuarelista que, ya desahuciado por la enfermedad

maldita, todavía en su lecho pintaba acuarelas que reflejaban su estado, pero todavía llenas de vida.

El pintor amaba la vida y tenía ilusión por ocupar un puesto entre los pintores acuarelistas.

Estudia en su juventud en la Escuela de Artes y Oficios de Murcia, teniendo por maestros a Garay y Mariano Ballester. Obtiene premios y forma parte de la colectiva de acuarelistas del año 1972.

Defensor asiduo de la técnica, se dedica en cuerpo y alma a buscar sus leyes para dominarla. Pintó temas de la ciudad con la Catedral y plazas en un estilo muy original, utilizando las borias y las estaciones de trenes con el influjo de Ceferino Olivé.

Atraído por la acuarela de García Trejo y sus ambientes esfumados, se interesa por los paisajes nublados y lluviosos que diluyen sus lejanías en un horizonte desvaído y oculto, siluetando los segundos y primeros términos con pinceladas sensibles, en ocasiones naïf pero seguras y concretas.

Sus salidas al paisaje de huerta y campo, son básicas y esenciales. Le sirven para dominar el dibujo y encajar la perspectiva sobre la que trabaja, y en ello estaba en sus últimos momentos.

Hombre excelente y amante del arte, se une al grupo de acuarelistas en un afán de consolidar la Asociación anhelada. Fueron varias sus intervenciones en el logro de tal cometido, que no tuvo realidad. Ningún organismo público se interesó, creo que sin justificación, pues ello era un interés de unos pintores murcianos.

Lo que caracteriza al sensible artista es delinear suavemente el paisaje, que lo hace suyo, lo inserta en su melancólica manera de ser. Los resultados son sus obras tenues y muy sentidas, llenas de intimismo que era el que formaba parte de su ser. Artista fundido en sus propias delectaciones, lector de poetas ingleses que se instalaban en la naturaleza evocando viejos recuerdos de infancia.

Se amalgamaba de esta guisa el gris del recuerdo con la urgencia realista de una luz suave que acariciaba una vía de la estación del pueblo apartado, por

donde el artista paseaba y se enamoraba del paisaje. En una de sus acuarelas que titula "El Tren", aparece en un día nublado la silueta de la máquina lejana que arroja humo. Marcha sobre uno de los raíles que se esfuman en el horizonte. Unos postes de la luz encuadran el paisaje. Tan solo queda el silencio y acaso una pregunta en el alma. ¿Hacia donde se dirige? Era la pregunta que se hacía el acuarelista en su vida y a la vez una sugerencia de lo que sentía en su soledad. Todo lo tenía y a la vez nada. Era un solitario que desapareció un día de invierno como el tren lejano de su obra.

Su mujer consigue que se le rinda un homenaje con un catálogo de su obra. Y nada más.

JOSÉ JARA NAVARRO

Pintor veterano, pues nace en 1931, sin embargo se une en esos años al grupo indicado obteniendo premios y hace exposiciones. Utiliza, en su técnica, el rotulador como una forma de trazar previamente los aditamentos del paisaje.

Su calidad de delineante facilita la labor del dibujo a la aguada. Por ello sus acuarelas están bien estructuradas, en encuadres consolidados por el buen dibujante.

Trabaja denodadamente por dejar latente su estilo en sus paisajes de huerta que son los que más le atraen. En ellos aparece la casa con el recio eucalipto y la lejana palmera, en un ambiente de mañana soleada, con el sendero y el hombre trabajando, cual en su "Paisaje de la Huerta" de aspecto costumbrista.

Su entusiasmo por la ciudad y la huerta hace que en su obra se encuentre su latido, siendo una referencia al momento histórico.

PEDRO LORENTE COSTA

Delineante también, no le era desconocido el dibujo, sobre todo el artístico que demostraba con sus apuntes de desnudos y retratos a lápiz. Hombre tímido por naturaleza, se le encontraba en ocasiones en las calles más abandonadas, con su bloc de notas y el lapicero, presintiendo en la soledad el goce del espíritu.

Era un compañero de verdad y daba gusto dialogar con él hasta las horas de la madrugada. Fundido en sus soliloquios se mostraba ausente de todo, buscaba lo único que interesaba a su espíritu, trabajaba en soledad aunque necesitaba el contacto con sus compañeros para justificarse de su labor.

Desde la terraza de su vivienda de la calle Poeta Ramírez Pagán advertía la belleza de la ciudad con la torre de fondo, sobre todo las azoteas y chimeneas que conformaban un pasaje distinto; el urbano con los edificios lejanos y los patios serenos y agazapados por los que se elevaba el ciprés espigado y acogedor. También oteaba desde el balcón la portada de la iglesia de san Antonio de marca renacentista. Ese pequeño espacio era el más sugestivo para el pintor, acaso porque le aislaba de la sociedad, amén de entregarse a sus ocios espirituales a través de la acuarela.

Por eso mismo Lorente comienza a visualizar el paisaje urbano tan atractivo. Sus láminas sueltas trazan calles, fachadas barrocas, siluetas de templos y terrazas solitarias. Busca la luz de la tarde que es suave y dorada, penetrante y entrañable, fundida en el sabor del paseo recoleto y el silencio de su corazón que anhelaba esa parquedad de la piedra sumisa, el lateral de la iglesia con el remate de su campanario. Gozaba a su vez con los pueblos y sus calles entrañables que, como las de Puerto Lumbreras, le acogía con la soledad que buscaba el artista, sensible a otros paisajes como los de París, que una vez me enseñó en su bloc de dibujo, tan suaves y bellos como la vieja urbe de la bohemia.

OTROS ACUARELISTAS. SECUENCIA FINAL

Acaso habría que extenderse, en este sentido, a otros artistas silenciados como Cerezo Mirete o Gómez Estrada (20), pues de los que han pasado a mejor tratamiento como Pedro Serna, discípulo de Gaya, Pedro Cano, exquisito y sutil en sus visiones estéticas, F. Cánovas, en sus primeras acuarelas, dedicado en la actualidad al óleo desde su capacidad de renovación en

sus espacios atmosféricos; no vamos a tratar, como tampoco de los nuevos acuarelistas que luchan por dominar un espacio, como en el caso de Zacarías Cerezo, etc.

Sí hemos dado una relación de una generación de pintores nacidos en torno a las décadas de los años treinta y cuarenta del pasado siglo. Unos artistas que emprendieron un camino arduo, lucharon y no tuvieron el reconocimiento merecido y están en el máximo olvido.

Nuestra intención es hacer ostensible una situación de injusticia por el olvido de unos pintores de nuestra generación a los que aludimos aunque tan solo sea desde la brevedad, pues bien se merecen un mayor elogio desde sus propias biografías. Tampoco se ha puesto de manifiesto por los teóricos del arte la importancia de la técnica de la acuarela en Murcia, ni se ha escrito lo suficiente sobre la misma, ni siquiera se ha realizado un ensayo en torno a los aspectos costumbristas de estos pintores que nos han dejado una documentación plástica de la ciudad y de la huerta que ha desaparecido.

Sirva por tanto nuestro trabajo para homenajear a los artistas indicados amén de nuestro agradecimiento por su obra que debiera estar reunida en un Museo. Unos pintores murcianos, acuarelistas que no tuvieron el apoyo de nadie y que la historia, maestra de la vida, algún día pondrá orden y justicia en este aspecto.

BIBLIOGRAFÍA

1. Federico Balart. "El prosaísmo en el arte". (Madrid. La España Editorial).
2. Nos referimos a los años sesenta del siglo pasado en adelante, un periodo al que no se le ha prestado la atención merecida. Me consta que nuevos historiadores del arte murciano tienen interés por recoger el momento cultural de este tiempo, con la versión de sus intelectuales en relación con la Universidad y otros centros culturales.
3. Antonio de Hoyos. "Carpe". Pintura actual española. 1977. En este estudio biográfico el autor pone de manifiesto el momento pictórico y la secuencia del artista que, a través de su mirada crea el paisaje.
4. Antonio Oliver. "Medio siglo de artistas murcianos" y la obra de J. L. Abraham López "Antonio Oliver Belmás y las Bellas Artes en la prensa murciana". Ayuntamiento de Cartagena. 2002.
5. Nos referimos a la época vivida por nosotros en un tiempo de inseguridad que integra la posguerra. Algunos nacimos al terminar y otros nos llevaban

unos años, eran los supervivientes que no tuvieron la suerte de ser becados.

6. En el año 1982 Saura Pacheco obtiene el Premio Nacional por su obra indicada, que es instalada en el Museo de Arte Contemporáneo, a la que en Murcia no se le prestó atención.
7. Vid obra citada "Carpe".
8. "Arte del realismo al impresionismo del siglo XX. "Historia del Arte". Ed. Labor XV.
9. A este respecto tengo manuscrito e inédito un "Tratado sobre la acuarela", donde trato con amplitud la técnica de la misma.
10. Referirnos a esos años es dar cuenta de un panorama intelectual integrado por unos personajes disconformes con la sociedad imperante y pacata, apartada de la cultura, más aún, de la inquietud de unos artistas ilusionados por tomar nota del nivel que la acuarela tenía en Madrid y el extranjero.
11. Calle de Jara Carrillo de La Alberca, cita de reuniones y tertulias importantes que es necesario recordar.
12. Los pintores sentíamos la necesidad de salir a la naturaleza por dos principios básicos: era el momento de conmemorar la presencia del natural para descubrir el paisaje murciano y por el influjo de los artistas parisinos, entre otras cosas. Pero es que además la naturaleza estaba cargada de cierto romanticismo al que una serie de poetas y escritores se acercaban emulando a los poetas ingleses, aunque con la veneración de los que integran la Generación del 98 y del 27.
13. Este cuadro importante, de Saura Pacheco, es propiedad de mi primo Eladio Saura.
14. La Verdad. Año 1954.
15. Exposición de Acuarelistas. 1972. Realizada en Sala Santa Isabel. (Murcia)
16. La figura de Enrique Larrosa Cabello, es importante para mí que veraneaba en su misma calle alberqueña, donde moraba García Trejo que por entonces hizo gran amistad con mi padre y salíamos a pintar al monte. Enrique pertenecía a una clase humilde, de padres que pertenecían políticamente a la izquierda, por eso mismo estaba ladeado de la sociedad. Vivía pobremente y mi familia le ayudaba. Éramos asiduos conversadores sobre lo humano y divino, pero aterrizábamos en los temas de arte. Salíamos al monte a dialogar y compartíamos momentos de felicidad. Tengo la suerte de haber recogido tales eventos culturales y sobre todo conservo unas cartas deliciosas del artista que muestran su gran sensibilidad por la acuarela que trató como nadie.
17. Díaz Bautista, crítico de arte de la Verdad en el año 1981, dedica un artículo a la defensa de la acuarela al hacer el comentario sobre la exposición "Saura Pacheco y Saura Mira."
18. Colín Wilson "El Disconforme". Ed. Emecé. 1954.
19. Hemos dado referencia a estas cartas del artista acuarelista, exquisitas y donde muestra su entrega a la ciudad que le vio nacer y que sin embargo le ha olvidado.
20. Catálogo "Una colección para un centenario". 2004, en la que hay obra de Gómez Estrada, Muñoz Barberán, Pedro Flores, Saura Pacheco, García Trejo, Gómez Cano, Rosique, Gaya, M. Ballester, Amador Puche, Rico López, José María Falgas, G. Estrada, M. Avellaneda y J. Francisco.